

Figura histórica de Santo Tomás de Villanueva

por

Ismael Martínez Casanoves



CASO nunca como ahora hubo tanto afán de investigación histórica.

Son muchos ya los profesionales de esta ciencia del espíritu que

no calman sus inquietudes en la simple consulta de las exposi-

ciones maestras, sino que necesitan acudir a la prueba documental

de los hechos y no pocas veces incluso a la misma heurística. Hasta hace

poco tiempo la investigación —labor ardua y difícil— estaba reservada a los

«fervorosos» de la Historia. Hoy existe, además, un sinnúmero de *amateurs*

que, sintiendo las mismas ansias de los maestros, invaden los archivos, visitan

monumentos, estudian excavaciones y descifran inscripciones lapidarias o

numismáticas en busca de documentos ignorados o de datos inéditos, ya para

componer sus tesis doctorales, ya para rellenar lagunas históricas, ya para

enriquecer, en último término, el caudal de la Historia. No es que el conte-

nido de esta ciencia haya llegado a aventajar en importancia o a desplazar

de su primer plano a otras ciencias morales o naturales, ni que la investiga-

ción se haya convertido en un deporte más, sino que sencillamente la Histo-

ria —maestra de la vida— atrae cada día más la mirada y comienza a ser ya

objeto del estudio que merece.

Se ha ensanchado el campo de la heurística histórica y sus métodos son

ahora más completos y más perfectos. El moderno investigador, en la selec-

ción de materiales, no sólo no desprecia aquellos documentos o datos que

hasta hoy parecían minúsculos o de escaso valor, sino que frecuentemente

atiende a ellos con especial interés, siempre que puedan ser aprovechables

y se relacionen sistemáticamente con los de capital importancia. ¡Cuántas ve-

ces estos datos pequeños, encontrados en documentos hasta ahora descui-

dados, han proyectado luz sobre los graves problemas históricos y han servido

de clave para la solución de los mismos!

También la crítica sobre los materiales es cada día más fina y exigente:

en su aspecto externo comprueba meticulosamente la autenticidad, integridad,

procedencia, etc., de los documentos. En su aspecto interno resuelve con toda exactitud los problemas de hermenéutica de los mismos; los de moralidad, competencia, etc., del autor; los de posibilidad, verosimilitud de los hechos, etc. No es que la crítica, en su progreso, haya sufrido una variación en su esencia —su misión y fines de hoy son idénticos a los de ayer—, sino que los medios que actualmente emplea para separar la verdad del error son más perfectos.

Finalmente, ha progresado también en perfección el método de observación indirecta, único camino posible para llegar al conocimiento de los hechos históricos. Se ha penetrado más en la relación existente entre el documento y el hecho, sobre todo cuando se trata de documentos no materiales, sino psicológicos que, por su carácter subjetivo, resultaban hasta ahora tan complicados y tan difíciles de entender. Y aun cuando el problema de la generalización de la experiencia no esté totalmente resuelto todavía, sin embargo, en la inducción actual, contamos con medios y razonamientos más seguros para autorizarnos a pasar de los documentos a los hechos, de éstos a la ley, de lo particular y concreto, en suma, a lo universal y abstracto, que es, al fin de cuentas, lo que caracteriza a la Historia, como a toda ciencia.

* * *

Santo Tomás de Villanueva merece llenar no pocas páginas de nuestra época imperial en las historias de España y del reino de Valencia. Su egregia figura presenta numerosos relieves históricos de incalculable valor que proyectan mucha luz sobre el reinado del emperador Carlos V y el príncipe Felipe. Aparte de otros aspectos —no menos interesantes en el orden cultural y religioso—, desde que Su Majestad cesárea le nombra, «por sus buenas letras y costumbres», consejero y predicador en la corte, hasta que muere en Valencia, siendo arzobispo de dicha diócesis, el 8 de septiembre de 1555, los datos y hechos que nos ofrece no pueden tener desperdicio en la historia del Imperio español, mucho menos en la del reino de Valencia.

Sin embargo, es incomprensible —y ello debiera al menos pesar sobre la responsabilidad de los *connaisseurs* de la Historia—, que muchos de estos relieves pasen generalmente inadvertidos a la mayoría de los historiadores y que los modernos investigadores, a pesar de su afán descomedido por aportar nuevos datos al arsenal de materiales históricos, apenas se fijan en ellos.

Estudiando las causas que hayan podido motivar esta especie de abandono u olvido —involuntario por cierto—, que se viene teniendo en la historia de tan insigne prelado, cabe preguntar:

¿Puede obdecer esta incuria a que el sobrenombre de "Limosnero", con que la Iglesia le apellida oficialmente, lo sintetiza todo y destumbra en nuestro santo todos los demás valores y detalles de diferente orden? Valencia, principal escenario de su vida y milagros, no le recuerda más que por la «bolsa». Incluso, bajo este aspecto, le desconocen muchos de los pobres de nuestros días. Es cierto que el papa Paulo V, por inspiración divina, le apellida en su Bula de Beatificación «el Limosnero», ya que la caridad de Tomás de Villanueva fué su principal virtud (*major autem harum charitas*) y, encarnada en la limosna a los pobres, por sí sola era más que suficiente para elevarle a los altares; pero lejos de anular en él las demás virtudes y rasgos, los ilumina y los hace resplandecer con todo su vigor. Además, una cosa es la santidad de Tomás de Villanueva y otra cosa muy distinta es la historia de esta misma santidad inclusive. Las grandes virtudes, por ejemplo, del cardenal Cisneros, para quien tantas veces se ha postulado su Beatificación, nunca fueron óbice para postergar o hacernos olvidar su interesante intervención en la historia de España. Lo mismo pudiéramos decir de la venerable Sor María de Agreda en el reinado de Felipe IV, de San Vicente Ferrer y de otros santos.

¿Acaso los hechos históricos de Santo Tomás de Villanueva son de orden secundario, carecen de significación y, por consiguiente, no aportan ningún interés a la Historia? Esta duda no podrá ser abrigada por nadie que sepa calibrar y penetrar en la importancia que encierran, por ejemplo: la intervención de fray Tomás de Villanueva en la preparación del Concilio de Trento, para el que fué la persona eclesiástica de mayor garantía, solvencia y confianza del Emperador; la administración y guarda del reino de Valencia, repleto de moriscos y amenazado constantemente por los serios problemas de éstos; la defensa de las costas valencianas contra los turcos y demás piratas del Mediterráneo; su ayuda al Emperador en la Guerra de los Treinta Años, etc., y las innumerables veces que la corte le pide su sabio y acertado consejo.

Mucho menos se podrá dudar de la debida importancia de los hechos históricos de Santo Tomás como arzobispo de Valencia, según los cuales organiza la diócesis valentina, totalmente huérfana y abandonada en aquellos tiempos; convoca y preside sínodos; envía teólogos a Trento y, con ellos, sus sabias y santas conclusiones —su estado de salud no le permitió asistir personalmente—, que no solamente fueron aprobadas en dicho Concilio, sino que, además, sirvieron de orientación a los demás teólogos de la Cristianidad; recorre en su famosa visita pastoral todas las parroquias de su diócesis, organizándolas y obteniendo opimos resultados; resuelve graves cuestiones moriscas; corrige y dignifica al clero; se enfrenta, muy a pesar de su

asombrosa humildad, con la arrogancia del gobernador de Valencia, don Juan de Villarrasa, en defensa de los derechos y fueros eclesiásticos; interviene en el nombramiento de virreyes; funda, en fin, y dota con su peculio particular el Colegio Mayor de la Presentación en Valencia, primer seminario eclesiástico del mundo, que sirvió de modelo al tridentino, único colegio mayor subsistente, en toda su pureza, de todos aquellos de la época imperial, que dieron a España tan santos y esclarecidos varones.

Pero aun en el supuesto de tener que catalogar, entre los secundarios, los hechos históricos de Santo Tomás de Villanueva, no se les podría negar su valor, ya que se relacionan sistemáticamente con otros de primera categoría y proyectan sobre éstos abundante luz y esplendor. Las cartas, por ejemplo, cruzadas entre nuestro santo y Carlos V cuando éste se encontraba en el Imperio alemán luchando contra los protestantes nos aclaran evidentemente la derrota de nuestro Emperador, traicionado por Mauricio de Sajonia, su situación angustiosa y su salida de Insbruck huyendo a uña de caballo.

¿Es, por ventura, tan insignificante en el orden histórico la propia persona de Santo Tomás de Villanueva que no pueda llenar unas páginas ni llamar la atención en la Historia? Este es el principal error, y en consentirlo, callando, consiste precisamente nuestro pecado. Hoy día, en que personajes oscuros y personajillos sin más razón que la de haber sido pajes de algún rey, azafatas de alguna reina, compañeros de cacerías reales, embajadores de misiones intrascendentes o testigos y cómplices, incluso de hechos que sería preferible no conocer u olvidar, son objeto de biografías, semblanzas, comentarios y hasta de obras editadas a todo lujo por los modernos investigadores y publicistas, con el descomedido afán de hacer historia, ¿podría negarse siquiera los mismos derechos nada menos que a la persona de Santo Tomás de Villanueva como santo, como español y como valenciano?

¿Quizás la crítica moderna, al tamizar los materiales encontrados, ha presentado de hecho o puede presentar algún óbice o reparo a los que a Santo Tomás se refieren? Hasta ahora, rotundamente, no. Los documentos que de él se conservan en archivos, museos y catedrales, sin ser muchos, no son despreciables en número. Claro está que hemos de lamentar la pérdida de varios de ellos —algunos interesantísimos—, ocasionada por la expropiación de conventos de agustinos en la época de Mendizábal, tales como el del Socós de Valencia, el de Jérica, etc.; por el siniestro del incendio del Archivo general de Alcalá, donde se guardaban, entre otros, los referentes a Santo Tomás de Villanueva como becario de Cisneros, en el Colegio Mayor de San Ildefonso, como catedrático de la Universidad de Alcalá, etc.; por la destrucción total del Archivo del Colegio Mayor de la Presentación de Valencia, causada por las hordas marxistas en nuestra guerra de Liberación, etc.

Pero actualmente, dentro de lo catalogado, no es pequeño el filón que se encuentra en el Archivo general de Simancas, donde, entre otros pergaminos, yo mismo tuve la satisfacción de poder consultar y transcribir una colección de treinta y dos cartas —algunas de ellas autógrafas—, cruzadas entre Santo Tomás, el emperador Carlos V, el príncipe Felipe y otros magnates de la corte, de asuntos variados e interesantísimos. ¡Todo un epistolario que, por su contenido, merece ser editado y comentado aparte!

Igualmente, el Histórico Nacional de Madrid, con ser poco lo que sobre este particular tiene catalogado —sin duda contiene mucho sin catalogar precedente de monasterios y de lo que se salvó en Alcalá—, nos ofrece una buena documentación de la que pude entresacar dos interesantes fotocopias de las Bulas de Inocencio X y Alejandro VII, respectivamente, concediendo privilegios al rector y colegiales de la Universidad de Alcalá, por haber estudiado en ella Santo Tomás de Villanueva, así como también un precioso manuscrito titulado «Cisneros», que nos ofrece datos muy interesantes para nuestro caso.

Del Archivo general del Reino de Valencia —donde seguramente existe un buen depósito, pero algo disperso—, pude transcribir varios documentos, entre ellos la postulación de la canonización de Santo Tomás, promovida por el Capítulo de Agustinos del Convento de Jérica, fechada en 20 de junio de 1619; una época del cardenal Raggio para la canonización de Santo Tomás en Roma, escrita el 16 de septiembre de 1659; el testamento de Santo Tomás, otorgado ante el notario de Valencia don Juan Alamany; una certificación librada por el secretario y escribano de la ciudad de Valencia el 14 de noviembre de 1732, concediendo al Colegio Mayor, que el santo fundó en Valencia, el que sus colegiales fueran admitidos a los grados de Filosofía y Teología por la mitad del depósito, etc.

Finalmente, por resultar ya prolijo, me limito solamente a citar el Archivo de Protocolos del Colegio de Corpus Christi de Valencia y el de la Catedral de la misma ciudad, que contienen también documentos y datos de incalculable valor histórico.

Pero donde hay un verdadero arsenal —interesantísimo sobre todo concepto—, es en el Archivo Vaticano —Fondo Congregación de Ritos—, en el que se guarda, entre otros documentos, el proceso de la beatificación y canonización del santo, así como en la Biblioteca Nacional de París, a la que, después de Napoleón, fueron devueltos muchos documentos desde los Archivos de Roma. Tengo la seguridad de que sería muy fructífera y muy laudable la investigación en estos centros de Roma y París, si bien resulte costosa a los que vivimos en España. Sin embargo, me permito apuntar la idea de lo provechosa que resultaría la concesión de alguna beca o pensión destinada

a estos fines, máxime en estos tiempos en que el Estado y las Universidades españolas atienden con tanto interés a estos trabajos de investigación.

En contestación, pues, a la pregunta formulada, podemos afirmar categóricamente que la crítica moderna, tanto externa como interna, con todas sus exigencias, nada ha podido corregir ni tachar de los documentos de Santo Tomás hasta el presente encontrados. Son todos auténticos, íntegros, de procedencia reconocida y legítima; rectamente interpretados por la doble autoridad técnica y eclesiástica; los hechos son evidentemente ciertos; se trata, nada menos, que de un personaje elevado a los altares, etc.

Finalmente, *¿pero es de Santo Tomás de Villanueva no se ha hecho historia, ni se ha preocupado nadie de escribir o publicar sus hechos, por cierto, tan admirables?* Pecaríamos de inexactos y de injustos si negáramos los trabajos realizados por varios y meritísimos autores que escribieron y publicaron obras de Santo Tomás. Sin remontarnos más y atendiendo sólo a lo que llevamos de siglo actual, sin ser mucho, no es poco lo que de dicho santo se ha escrito. Entre otras obras, que sería prolijo enumerar, y haciendo caso omiso de las de carácter general en las que se le dedica algún capítulo o apartado, me limito a citar las siguientes: en 1902, una traducción de don Carmelo Vila a la *Historia de Santo Tomás de Villanueva, Arzobispo de Valencia*, escrita en francés por monseñor Dabert, obispo de Perigueux. En 1925, *Vida de Santo Tomás de Villanueva, Arzobispo de Valencia, Ejemplar y Norma de Obispos y Prelados*, compuesta por el P. Fr. Miguel Salón, de la Orden de San Agustín. En 1931, una biografía de los *Sermones de Santo Tomás*, escrita por el P. Gregorio de Santiago Vela, y contenida en el *Ensayo de una biblioteca iberoamericana de la Orden de San Agustín*. En 1942, una semblanza biográfica de *Santo Tomás de Villanueva*, por el P. Victorino Capánaga, agustino recoleto. Algunos tratados contenidos en las obras del doctor Sanchis Sivera, canónigo de Valencia, y la reciente obra de Vicente Escrivá, titulada *Tomás de Villanueva, Arzobispo del Imperio*. Obras todas ellas muy laudables bajo todo concepto; pero, a mi entender, y con el máximo respeto a los autores, carentes en general de nueva investigación documental, ya que, en lo que al valor histórico se refiere, suelen fundamentarse en las que de Santo Tomás escribieron en siglos anteriores Quevedo y otros biógrafos. En dichas obras se ha procurado atender, generalmente, a las virtudes del santo, prevaleciendo, por consiguiente, el valor moral sobre el valor histórico de la persona de Santo Tomás de Villanueva. Sirven, en suma, más bien de lectura espiritual que de estudio o información histórica. De ahí que sean incompletas y poco sistemáticas.

Concluamos, pues, de todo lo dicho —y éste es el motivo del presente artículo, aparte de querer corresponder con él a la innmerecida invitación de

mi entrañable amigo y maestro el Dr. Alvarez Rubiano, para colaborar en esta revista SARTABI— en la necesidad y conveniencia de ensanchar el campo de la heurística para poder reunir una colección, lo más vasta posible, de materiales, incluso de aquellos que a primera vista pudieran parecer secundarios; de interpretar con perfecta ortodoxia dichos documentos, estrechando íntimamente las relaciones que deben existir entre las fuentes documentales y los hechos; de construir, en suma, una historia completa de Santo Tomás de Villanueva, que se ajuste en todo a los cánones de la crítica moderna y que, siguiendo en ella el verdadero método histórico y generalizando las experiencias, goce, como toda historia, de todas las prerrogativas de la ciencia. Así lo merece y así puede exigirlo la «Figura histórica de Santo Tomás de Villanueva». En último término se contribuiría con ello a engrosar el caudal de la historia del Imperio español y del reino de Valencia.

